

EL UNIVERSAL
Junio 9/1927.

COMO CONQUISTAR EL CIVILISMO

Por el Lic. ESTEBAN MAQUEO CASTELLANOS.

La respuesta a la pregunta de cómo pueden conquistar el ser gobernados civilmente aquellos pueblos que, de grado o por fuerza han padecido la férula de gobiernos militaristas, parece obvia. Si, fuera de los que ocasionalmente han soportado gobiernos militaristas después de una guerra extranjera o de una revolución interna, porque tal parece que, entonces, los pueblos amedrentados por aquellas sólo tuvieron conciencia en el sable y el caudillo como defensores, los que han logrado lesterar al militarismo son los de masas de alta cultura, la única forma de realizar aquel DESIDERATUM tendría que radicar en la educación de las masas.

Esto es una verdad absoluta, porque hay ejemplos en contrario, al de serlo habría que atenerse sólo a ella, porque sería tanto como empujar la realización de la Democracia en México no para cuando la rana criara pelos—que los cría,—sino para cuando la misma, en vez de croar, fuera capaz de cantar el aria de la locura de "Lucía." El militarismo no es ni ha sido una calamidad en dote exclusiva para México; lo ha sido de todo el Continente al Sur del Bravo; de Cuba, Haití y Santo Domingo; y de países monárquicos como el Japón, España e Italia. Ahora mismo lo sufren las dos últimas naciones con la circunstancia de que, no pocos de sus habitantes encomian a Primo de Rivera y Mussolini por haber retorcido el pescuezo a un civilismo extenuado.

Toda revolución, es verdad perorgullesca repetida hasta el cansancio, disloca, desarticula, retuerce, apabulla y disocia materialmente a los elementos sociales que integran las fuerzas vivas del país y que, antes de aquella, formaban un conjunto con cohesiones y afinidades más o menos sinceras y sólidas. Y en el orden espiritual, si una revolución puede hacer oficios de acicate para estimular las dormidas energías de algunos, desorienta, yugula y hace atónitas a las de los más, como toda conmoción cuyos alcances y efectos no es posible medir. Esa es la condición fatal de toda revolución. Prometiendo resarcir y compensar con creces y en todos órdenes para un futuro inmediato, por de pronto aniquila. Si tal no hiciera no sería revolución, que connota idea de violencia, sino evolución dentro de la paz.

Cuando pasados los efectos catastróficos, y por más que queden aún los sacudimientos posteriores a todo movimiento tectónico, los elementos sociales disgregados por el soplo revolucionario saben buscar y realizar de nuevo la cohesión para tener un frente compacto, el militarismo tiende a debilitarse transando, y concluye lógicamente por replegarse a las funciones propias del Ejército. De la Dictadura ruda, converge a la del "mínimum del terror y el maximum de bondad," y el gobierno de civiles es posible como sucesor de aquella. Mas, cuando los elementos sociales, por acomodaticia tendencia los unos y por atonía los otros, se avienen a quedar desarticulados, entonces el militarismo, que en esa condición social halla su plena justificación, puede batir en detalle a aquel que considera enemigo.

En todo país hay siempre un sedimento de masa social inferior, que en México desdichadamente abunda. El mismo será siempre militarista. Lo seducen, lo esclavizan espiritualmente los próceres de la espada: la hazaña militar y la proeza del valor lo deslumbran y lo hipnotizan. Así lo requiere la noción imperfecta que de lo que es un Gobierno tiene, y conforme a la cual sólo es digno de mandar el que sabe imponerse, y la rudimentaria psicología colectiva en la que hacen mella más profunda los triunfos de la fuerza que los de cualquiera otra índole. Sobre ese sedimento existen las capas sociales de cultura, las que, al tener discernimiento más alto, por más que se someten o soporten regímenes militaristas, propenden mejor hacia los gobiernos civiles. Cuando éstas logran articularse, cohesionarse, y sostenerse en la idea, el gobierno civil acaba por ser un hecho, porque la tendencia de los seducidos por el militarismo, así sean los más, y como más emotiva que racional, cede ante el esfuerzo inteligente de los menos.

Todo país que ha logrado armonizar, articular y cohesionar a sus elementos superiores y vencer así la tendencia militarista de los inferiores, ha logrado emanciparse de tal clase de gobiernos para adquirir los civiles. El Japón de los Daímios, tiranizado por seculares milites que eran amos y señores de vidas y haciendas, no siendo el Emperador una cosa que un infeliz esclavo de

aquellos, confinado en su palacio realiza su revolución de la segunda mitad del pasado siglo, que transforma todo su orden social; y si en un principio las fuerzas vivas de país no saben qué rumbo tomar bien pronto se organizan y son ellas las que imperan llevando al Parlamento a sus elementos, y los Gobiernos civiles se suceden desde entonces sin que el militarismo haya podido renacer, no obstante las guerras sostenidas con China y Rusia que podían haberle dado oportunidad.

Los ejemplos más conspicuos los proporcionan las que llamamos "nuestras hermanas del Sur" y de cuya conducta nos alejamos cada vez más: la Argentina, el Uruguay, el Brasil y el mismo Chile que, hoy parece haber renunciado en el militarismo del que se había emancipado hace medio siglo, sólo podrá serlo pasajeramente, porque su estructura sociológica no podrá ya soportar sin rebeldías la substitución de gobiernos civiles por regímenes militares. Pocas dictaduras registra la historia continental de las del calibre de Artigas, Rosas, Francia o López Solano. El Brasil, al transformarse de Imperio en República, tiene que transigir con gobiernos pseudo-militaristas por más de dos décadas. Mas en todos esos países los últimos Presidentes de casta militar, bajo la presión de los elementos sociales cada vez mejor organizados para darse gobiernos civiles, no son otra cosa, ellos mismos, que civiles vistiendo un uniforme como algo de guardarropía ya en desuso.

Pero en la Argentina lo mismo que en el Uruguay y en el Brasil que en otras tres o cuatro de las Repúblicas al Sur de Panamá, ha existido una tendencia a la no disociación de los diversos grupos ni aun a través de las últimas revueltas que las han sacudido, ni a pesar de que en algunas de ellas el analfabetismo no haya desaparecido. Hay un instinto inteligente en todos esos grupos para evitar la producción de choques: una tácita inteligencia para procurar la armonía posible: la Argentina recibiendo cada año un contingente no escaso de comunistas rabiosos, hace de ellos, a poco andar, minúsculos "estancieros" que abjurán del comunismo. El Brasil, con sus enjambres de nativos selváticos, hace con ellos lo que los ganaderos con el ganado arisco: escoge "trozos" a los que obliga a incorporarse a la civilización, sistema práctico: si intentara, como en México, que toda la población analfabeta se ilustrara de un golpe, obtendría resultados semejantes a los nuestros, teniendo que gastarse en ello todos sus ingresos. Y articulados así los elementos sociales: en contacto defensivo los intereses afines: competidores de la idea de que la desunión engendra debilidad y sin el prurito de que un grupo tiranice a los demás: armonizados trabajo y capital: industrias y agricultura y ciencias y artes, cada cual ocupando su lugar e integrando una masa social con la homogeneidad y la compatibilidad compatibles, ni los elementos sedimentarios inferiores extrañan la ausencia del sable gobernador, ni los demás lo consentirían ya.

Hay que suponer a la enorme masa mexicana analfabeta, redimida de la ignorancia en un abrir y cerrar de ojos: y a los millones de indios ignaros levando de corrido lo mismo la Constitución que la Odisea baratonada editada por la Secretaría de Instrucción en tiempos del Ministro Vasconcelos. Si coetáneamente no ha sobrevenido la organización y la articulación de los elementos sociales, especialmente de los seleccionados en el trabajo, aquel prodigio resultaría contraproducente, porque sólo servirá para multiplicar asombrosamente el número de políticos revoltosos y líricos, y hacer más imperiosa la necesidad de gobiernos militares, porque éstos son indispensables, lógicos y hereditarios—descabies, allí donde para que la desunión no produzca fatalmente la anarquía, se hace necesario el sable por el que se añora y al que hasta se reverencia y se besa como un símbolo protector siquiera de la vida. El error craso—repite lo que en mi anterior artículo—del civilismo político mexicano, ha sido apelar a las revoluciones, engendradoras del militarismo, para lograr avances democráticos, flores de invernadero bajo el sol de la fuerza. Jamás la Democracia ni la social ni la conservadora puede realizarse en un país, sin la articulación previa y posible de los diversos elementos sociales: si ésta no se realiza, el país cualquiera que sea, queda irremisiblemente condenado a la tiranía de un grupo.

A Fines del mes Vendrá el General Obregón ³

El Universal

Unificación de los Elementos que lo Apoyan. - Nuevas Declaraciones del Diputado Bordes Mangel

Junio 9 de 1927

Las últimas noticias tenidas en los centros políticos anuncian el próximo viaje del general Obregón a esta capital, teniéndose la seguridad de que estará entre nosotros a fines del mes que cursa.

Antes de ese viaje, el general Obregón no dirá nada en materia política. Será aquí donde lance a la publicidad sus esperadas declaraciones que, en caso de ser conforme sus partidarios confían, aceptando a ser postulado candidato a la Presidencia, serán el anuncio de la iniciación de la campaña de propaganda obregonista.

Para entonces—es versión muy acentuada que corre en los centros políticos,—para entonces se habrá logrado la unificación de los elementos obregonistas, y de manera especial por lo que hace a los dos grandes bloques en que se halla dividida la Cámara de Diputados.

CRITICAS DEL ANTIRREELECCIONISMO

El propósito en vías de realización, de organizar la Liga de los Partidos Obregonistas ha merecido críticas. El diputado Enrique Bordes Mangel, presidente del Partido Nacional Antirreeleccionista, nos dice:

—“Cuando se presentó a la Cámara de Diputados la iniciativa de reformas constitucionales que vino a hacer desaparecer de la ley fundamental el principio de No Reelección, los defensores de tal iniciativa sostuvieron que la reelección no inmediata no implicaría una amenaza para las instituciones democráticas, ni el peligro de que se burlara el sufragio público, ya que la administración no estaría a las órdenes del candidato ni sus partidarios. El espacioso argumento fue rebatido tan inútilmente como todos los otros, disparatados en general, con que sostuvo la impopular iniciativa la gran mayoría inconsciente que en la Cámara baja trataba sólo de saciar ambiciones por el fácil camino del servilismo que caracteriza a la generalidad de los “arrivistas” que se hacen llamar “juventud revolucionaria.”

“Reconocieron, sin embargo, por su propia tesis, la inmoralidad de un sistema electoral en que la maquinaria administrativa estuviera al servicio del candidato.

“Pocos meses después de asegurar a la nación que la reelección no podía traer consigo el uso de los órganos oficiales, que la nación misma paga, ya los hechos dan la razón a quienes nos opusimos a la reforma. La prensa diaria hace pública la de-

cision de entregar la jefatura política del reeleccionismo a dos ex-ministros del Gabinete actual, que acababan de dejar sus puestos administrativos, sin que esto signifique desacuerdo con el Poder, y dejando en pie los sistemas políticos que establecieron en sus puestos, es decir: dos ex-ministros que siguen ejerciendo influencia en todas sus dependencias que hasta hace unos días estuvieron bajo su mando.

“Es un hecho público que en ninguna forma se ha tratado de ocultar, sino, antes bien, de que se ha hecho alarde, cuál es el preponderante papel que al frente de las actividades reeleccionistas desempeñan ministros, gobernadores, presidentes municipales y demás funcionarios de la actual administración, y esto no es sino el lógico, inevitable resultado de la reforma reeleccionista dentro de las condiciones que a la propia administración dieron vida, tal como lo previeron y anunciaron los poquíssimos diputados que a esa reforma se opusieron; tal como desde ahora y sin sentirse profetas, lo podrían anunciar respecto de una posible campaña en favor de la vuelta al Poder del actual Presidente, para el período siguiente al que correspondiera al actual candidato reeleccionista en caso de triunfar.

“Es contra la imposición oficial, aun considerándola independiente de la voluntad del Jefe del Ejecutivo Nacional, contra lo que tendrá que enfrentarse la opinión pública, sostenedora indiscutiblemente del principio antirreeleccionista.

“La lucha electoral, que para los antirreeleccionistas se iniciará al terminar la Convención que celebrarán el 20 de junio actual, será la lucha de la opinión nacional contra la opinión burocrática, a menos de que con toda energía y en apoyo de la ley y las instituciones, lo impida el supremo Gobierno de la República.”